

HOMENAJE A GABRIELA MISTRAL

POR

JOSÉ VASCONCELOS

Conocemos, en primer lugar, que la Academia de Suecia ha procedido, una vez más, con notorio acierto al conceder el premio de literatura correspondiente al año en curso a Gabriela Mistral: Era ya tiempo de que un nombre de la América de habla española figurase entre los que el Premio Nobel consagra. El ingreso de uno de los nuestros al grupo de los laureados que aun en forma orgánica constituye una suerte de Consejo de los Grandes, conforme al pensamiento contemporáneo, nos estimula y nos complace. El hecho de que haya sido una poetisa de las nuestras la elegida, nos revela, de parte de los jurados suecos, un conocimiento penetrante de nuestra realidad continental. Estando lejos aún de la madurez, nuestra cultura es todavía incompleta en materia de creación científica o filosófica; en cambio, nuestros poetas han logrado, desde el comienzo, convertirse en los representativos de nuestra peculiar sensibilidad y significación. Desde hace tiempo y aun entre nosotros, son las de nuestros poetas las únicas figuras acatadas sin discusión. Cierto es que grandes, universales, sólo son aquellos poetas cuya obra resiste la versión a extrañas lenguas; sin embargo, hay en los nuestros, aunque su obra sea dispersa, tal número de atisbos geniales, de hallazgos maravillosos y de aciertos estéticos, que dudo se les supere en ellos en cualquier otra literatura. De todas maneras, es en la creación poética donde alcanza nuestra alma colectiva las más altas calidades, los matices más nobles del sentimiento; y la voz inspirada de Gabriela Mistral descuella entre todos, como ejemplo de lo más alto que ha producido nuestro Continente. Y así como no hay grandeza sin base firme de sustentación, tampoco el genio aparece sin antecedentes al centro de un vacío sin presencias. La naturaleza produce por grupos y familias, lo mismo entre los árboles y los paisajes que entre las almas. De ahí que la figura de Gabriela Mistral crece más aún para nosotros cuando recordamos que no está sola, sino que a su lado, en parentesco continental eximio, la mención de su nombre evoca el de hermanas suyas en la elección del espíritu: Juana de Ibarbourou, la de la poesía esencial; esencial no en el sentido de esencias abstractas, sino todo lo contrario, sustancial, como esencia viva que se vierte en una expresión que rememora el jugo de las savias vegetales, o el aliento sentimental que sublima, embellece lo que toca. Recordamos, en seguida, a Delmira Agustini, la apasionada que exigió demasiado a la existencia, y a Alfonsina Storni, que también por inconformidad trascendental resolvió prescindir de continuar afanando. Y, por fin, como elegida de nuestros corazones de mexicanos, evocamos la figura de una que no participa de las

ambiciones y competencias del día, porque desde temprano su vida, consagrada al sacrificio a que obliga el combate sincero por la verdad sin complacencias y la virtud sin transacciones, pertenece a la casta de los bienaventurados, que sufren por la justicia y el bien. No necesitan, almas tales, del reconocimiento y el aplauso de los mundanos, porque en la anticipada celestial ventura de sus inmolaciones tienen cuanto precisa y más; me refiero a Enriqueta Camarillo de Pereyra, nuestra María Enriqueta, cuyo bronce, a falta de su persona, ocupa en Coatepec un sitio abrigado y entrañable que se antoja regazo de la Patria que la recobra.

En más de una ocasión, Gabriela ha cuidado de rendir tributo a esta María Enriqueta que es quien en México le está más cerca, en el parentesco femenino de la grandeza. Pues uno de los méritos más puros de la insigne chilena, es el interés desinteresado que ha puesto en descubrir lo que hay de nuevo y valioso en cada rincón del Continente. Nadie como ella para honrar los caracteres hispanoamericanos, creando fama para los desconocidos, añadiendo lustre a los consagrados; consecuente en esto con lo que estimo uno de los rasgos de todo excepcional ingenio, o sea, la posesión en grado supremo del don de admirar.

Los ojos tranquilos de la poetisa no sólo se posan en las cumbres del renombre; a menudo gustan de recorrer el valle en busca de las florecillas del campo y a la caza de las humildes virtudes del corazón. Así, en México, ella supo hallar, entre nuestra gente anónima, el acopio de prendas morales que son el soporte de toda civilización: la abnegación de una madre, el tesón del padre honrado, la fidelidad de un maestro a su tarea ingrata, el instintivo buen gusto del indio alfarero que pinta o imprime un molde o de la india que se adorna para el disfrute del momento en que cada ser advierte su florecer. Con ojos de poeta recorrió nuestros campos. Pero no en posición de profesional del arte que busca impresiones para un catálogo de vanidades o de comercio. Artista de verdad, nunca hizo de su arte una postura. Alma cristiana primero y poetisa después, el propósito que la guiara fue el de compartir la vida del pobre para ganar su confianza; condición primordial para impartir, en seguida, las luces que hacen más falta y son más fecundas que el auxilio material más generoso.

Llegó ella a México cuando nos proponíamos ligar el esfuerzo misionero católico, que engendró nuestra nacionalidad, con un proselitismo regenerador, que sin perjuicio de especializarse en los aspectos técnicos de la cultura moderna lograrse frutos de espíritu, tan fecundos como los antiguos, cuya raíz es el amor del semejante. Un amor fundado en la comunidad de filiación con el Dios Padre y no en humanismos en que el hombre, al hacerse medida del hombre, empequeñece su esfuerzo, se limita a conseguir mezquinas ventajas estériles y, en el mejor de los casos, naufraga en confusión mental que oscurece el fin de los fines, por intromisión y anarquía de los fines menores.

Guardado, en interior discreto y fecundo, su don de poesía superior y revestida de manto apostólico, limpia la intención y activo el paso, Gabriela trabajó más de un año por las aldeas de la República, ejerciendo de maestra rural ambulante, envuelta toda su gloria en rebozo pueblerino, ignorada su fama de aquellos a quienes servía, depositando en cada una de las almas postergadas un grano de fe en la existencia, una brizna de aquellos conocimientos que encienden luz en medio de la desolación y el quebranto.

Y pienso que lejos de distraerla de su creación literaria, esta comunión con gentes y cosas dió a su obra el vigor y el lustre que todos le reconocemos. Nunca fue ella, a mi ver, uno de aquellos temperamentos de “artífices” que en el pulimento gastan afanes que podrían ser creadores, vidas de chino consagrado a labrar mil figuritas en un colmillo de elefante. Ajena por temperamento a las teorías de decadencia que fueron la deshumanización del arte y la poesía pura, la triunfadora se reveló, desde el principio, como uno de aquellos que nacidos para escribir reciben como hechas las frases y las entregan vivas, perturbadoras, adecuadas para ilustrar no una escuela, una secta, un cenáculo, sino el sentir de una época, quizás de todo un pueblo. Voz no precisamente elocuente la suya, tampoco y mucho menos cauta, contenida, difícil; de su río un tanto pedregoso manan tesoros que bien necesita el castellano, idioma alejado por tanto tiempo de la creación auténtica, entregado al empobrecimiento que ocasionan los estilistas, los repetidores, los desconfiados. Su raza nueva —araucana y española se proclamaba ella— nos da un mensaje rico en densidades de madurez; trémulo de inquietudes que abarcan todos los temas, lúcido siempre y franco, atrevido. Poetisa de la tierra, su expresión es siempre concreta, su visión a veces nos desconcierta, por cierta insistencia en la carnalidad, como cuando compara las desgarraduras de la serranía con vértebras y músculos al descubierto. ¿Hay un tipo de pensar que al mismo espíritu quisiera hacer carne, y lo exprese en imágenes y símiles que lo vuelven cosa de palpación más que de comprensión? ¿O es ésta la condición del poeta auténtico, que por instinto se aleja de la abstracción, reincorpora la idea en el hecho, para que no se pierda, vacío de representación pura? Plasmar en el lenguaje situaciones concretas, ¿quién podrá oponer reparos a tal ejercicio, si Dios mismo no rehusó bajar para encarnar?

De tan fuerte apego a lo sensible procede, sin duda, la fuerza viva del discurso de la poetisa. Predestinada al roce con las penas y las dichas humanas, su doctrina, su poesía, son de este mundo, aunque tengan raíz en el otro. Ama las cosas, los hechos; odia y ama a las gentes. Me imagino que su Cristo es el de San Mateo, sublime pero sensato y humano; no el de San Juan, que explica primero el Universo, regula en seguida el Cosmos y sólo después inserta en su sitio los destinos. El Cristo que la Magdalena quería tocar es el de ella, según presumo, no el de quien prefiere la encendida visión sobrenatural, deslumbradora, que convenció a San Pablo.

Mística en el sentido de vivir penetrada de la presencia de lo sobrenatural, no creo que lo sea la Mistral. Más bien la imagino preocupada por lo social y tangible; activa en ella la curiosidad de lo político y tenaz el afán de compartir las reflexiones y las responsabilidades de su tiempo. El favorito de sus admiraciones sería Moisés, más bien que Isaías. Pero, en fin, ella vive y sabe expresarse y puede seguirse expresando y no seré yo quien aborde la tarea pueril de interpretarla. Sólo quiero decir que su curiosidad era vasta y que su capacidad le permitía ser curiosa. ¿Quién no ha visto Evas curiosas?; pero se cuentan con pocos dedos las que pueden darse el lujo de la pregunta atinada, que es la que provoca esclarecimientos y hallazgos.

Sin aficiones por la técnica filosófica y con el derecho de la conciencia que hurga en lo insondable, emprendía ella, alguna vez, el paseo de las ideas en el proceso zigzagante de lo filosófico. No se inclinaba a admirar a los creadores de sistemas. La exigencia de totalidad y de síntesis no era en ella viva y solíamos reprochárselo amistosamente. Ahora

que han pasado los años y hemos ido y vuelto por el ciclo que va del pensamiento griego a las hipótesis de la ciencia contemporánea, entendemos mejor el escepticismo de la poetisa, en lo que hace a la posibilidad de las explicaciones racionales del Universo.

Y sospechamos que ella, desde entonces, como nosotros ahora, después del recorrido de los sistemas, nos quedamos con la luz de esa superfilosofía y más bien teología, sencilla y profunda, que se contiene en el catecismo romano cristiano y que ha conformado, y bien conformado, la mente de humildes y grandes en nuestro universo hispanoamericano.

El mensaje de Gabriela es maternal. Quizás por eso mismo ella representa, mejor que otro cualquiera, la primaria necesidad que tienen los pueblos hispánicos de mantenerse unidos, como miembros de una misma familia, frente a los riesgos del presente y los sombríos presentimientos de nuestro futuro. El matriarcado corresponde a las épocas de formación, de incubación y el primer afán de las madres es cuidar de que no se prenda la discordia entre los vástagos. Tal la enseñanza de Gabriela, que aunque chilénísima, ha sabido amar a cada uno de los pueblos de nuestro Continente; por eso ahora todos, en coro, sentimos que hay en su triunfo algo que nos afecta.

La estancia de la poetisa entre nosotros fue breve; pronto su estrella escapó a nuestra eclíptica, pero aquí dejó estela suficiente para encender en el maestro de escuela la abnegación y la fe; para estimular en el literato la comprensión y la afición a lo nativo, no por serlo, sino porque alcance las alturas de lo universal y lo eterno; para enriquecer, en fin, el contenido de nuestra conciencia. Confiamos en que el premio cuyo otorgamiento festejamos, sirva a la gran escritora para dedicarse por entero a una obra de expresión del anhelo hispanoamericano. Sus capacidades pueden alcanzar definiciones esclarecedoras de nuestra acción. Estando ella en su plenitud, el homenaje que le dedicamos no se refiere sólo a lo que ella ha sido, sino que afirmamos lo que hay en ella de promesa y potencialidad. Aquí tampoco es ella un pasado, pues sólo muere lo que de algún modo ha sido superado. Y su figura no pertenece a una generación, pertenece a una cultura. También es inevitable que al revisar, como lo hacemos, la huella de su paso por nuestro suelo, se nos hagan presentes las nuevas generaciones chilenas que están engrandeciendo a su pueblo. Patria de poetas y de estadistas hoy, de guerreros ayer; siempre de combatientes por el honor y la justicia. País pequeño en la geografía, en la acción y el pensamiento inmenso. ¿Por qué surge Chile así, como ardiente brote de luz en medio de la opaca constelación que ha sólido ser, hasta hoy, nuestra América? Un poco de reflexión nos aclara el milagro. País de guerreros, dije antes, pero no de caudillos que se alzan con el mando. Más que caudillos, Chile ha tenido héroes militares. ¿Qué diferencia hay entre el caudillo peculiar americano y el héroe militar auténtico? La historia de Chile responde a esta pregunta con elocuencia: El primero de sus libertadores, O'Higgins, criado en la escuela desinteresada, patriótica de San Martín, renuncia al mando antes de ver que corra sangre fraterna. El general se somete a juicio de residencia del que sale absuelto y se dirige al exilio para evitar la discordia. Años más tarde el general Baquedano sube al pináculo de la gloria militar, llevando a sus tropas victoriosas más allá de las fronteras patrias. Un pueblo delirante lo recibe en apoteosis, lo levanta a la altura de los Césares; pero qué lejos de lo que llamó el venezolano los Césares de la decadencia; cuánta virilidad, en vez de decadencia, demostró el pueblo chileno y cómo sobrepasó en grandeza a Baquedano, negándole sus votos

cuando se lanzó candidato a la presidencia. Los votantes chilenos, al negarle sus sufragios al ídolo, procedieron como los demócratas ingleses que al general victorioso le dan honores y riquezas, nunca el mando supremo. En seguida Baquedano en su derrota electoral tornó a ser grande, volvió a ganar la admiración de sus compatriotas, al aceptar su derrota y ofrecer leal cooperación a su adversario.

En 1891, Balmaceda se inmoló antes que prolongar la guerra civil. Y todavía, en tiempo actual, siendo presidente Alessandri, y candidato para sucederle en el mando personal de su íntima amistad, cuyo oponente de la oposición le sobrepasó apenas en unos cuantos votos, el patriota prefirió sacrificar al amigo antes que romper la tradición del respeto al sufragio.

Una vez apareció en la historia chilena reciente un dictador, un caudillo militar. Pareció por un instante que Chile entraba a la familia lamentable de los pueblos de caudillaje y de Césares de la decadencia. Las virtudes cívicas del pueblo chileno, sin embargo, no tardaron en manifestarse. Sin necesidad de recurrir a las armas, la acción colectiva obligó al déspota a huir; huyó porque cuando se presentaba en el teatro, el teatro se vaciaba de espectadores; huyó porque un día los chilenos se cruzaron de brazos; los trabajadores suspendieron su faena; los médicos dejaron de curar; los abogados de ejercer y paralizada así toda la vida nacional, el déspota tuvo que marcharse. Por último, sin alardes de programas extremistas, sin abuso alguno del poder, y contando sólo con la ilustración de los de arriba y el tesón de los de abajo, el "roto" chileno, el paria de ayer, se ha convertido en ciudadano que hace pesar su voto en los destinos nacionales.

En lo internacional, también es Chile maestro. De ello da fe nuestra generación: ¿quién no recuerda la nube que oscureció el cielo americano, en los días de la disputa chileno-boliviana-peruana? ¿Y dónde hay en la historia ejemplo como el de la actual generación chilena, que sin presión alguna de la fuerza y por colectiva magnanimidad decidió renunciar un territorio que era ya chileno, a cambio de ganarse un corazón fraterno, el corazón del noble pueblo peruano?

Tales son los antecedentes del país que hoy respalda a su poetisa como representante auténtica del alma nacional.

Admirable país, limitado en sus recursos materiales, rico en sus caracteres, laborioso y esclarecido; así es como una patria se gana el laurel para sus poetas, la oportunidad para los creadores de su riqueza, la dignidad para sus ciudadanos, el respeto del mundo y el amor del pueblo para su bandera.

¡Salve, glorioso país chileno! Se inflama de orgullo el pecho que te proclama:
¡Hermano de su Nación y de su estirpe!